

El Colegio de Teólogos de San Isidoro y su legado patrimonial al Instituto Alfonso X

Resumen

El Colegio de Teólogos de San Isidoro fue una fundación prevista por el obispo de Cartagena Belluga para que algunos sacerdotes ampliaran sus estudios, con financiación de las pías fundaciones. Pero no llegó a construirse en época de Belluga, ni se abrió hasta 1767 y tuvo una vida corta, pues se impusieron otros puntos de vista.

1. Reseña histórica del Colegio de Teólogos de San Isidoro

El Colegio de Teólogos de San Isidoro fue previsto como una de las fundaciones de Luís Belluga, obispo de Cartagena y cardenal en Roma (1729-1733), que se realizó en el pontificado de don Diego de Rojas, una vez ya instalado en Murcia, tras una larga estancia en Madrid, como presidente del Consejo Real de Castilla, en los años 1766-1767. Su construcción se hizo a partir de 1742, con el obispo Juan Mateo López, pero fue erigido en 1733 por el obispo Tomás José Ruiz Montes.

Belluga quiso primero que lo atendieran los oratorianos, pero cuando esto se vio que no era posible recurrió a los operarios misionistas del padre doctor Francisco Ferrer. Para cuando Belluga murió (1743) sólo se había iniciado la construcción, lo que no era poco, pero en 1752, en que murió el obispo Juan Mateo López, estaba casi terminado. A pesar de ello, con Diego de Rojas y Contreras se alargó la conclusión (hasta 1767) y entonces ya no fue posible contar con los operarios misionistas, que eran muy pocos, pero consiguió que lo dirigieran dos oratorianos a título personal, como píos operarios, y que en vez de 20 alumnos sacerdotes se comenzara con 10, pues la financiación, a costa de las Pías Fundaciones de Belluga, no dio para más.

Desde 1784 se intentó su traslado al Colegio de la Anunciata, que lo había sido de los jesuitas, expulsados en 1767, pero no se consiguió

y a partir de 1810 fue ocupado por militares y como escuela de cadetes, por lo que ya no funcionó como colegio de teólogos.

Belluga quiso que en este colegio hubiera libros de moral, mística y predicación, como los de Bonacina (Moral), Claudio La Croix (El Concilio Tridentino, Parva Summa, El ejercitatorio cristiano), P. Segneri, la Santa Biblia, el Catecismo de San Pío V, el P. Rodríguez, el Kempis, el Retiro espiritual, o las Consideraciones del P. Salazar sobre los Ejercicios de San Ignacio.

El inicio de actividades se dio muy poco antes de la expulsión de los jesuitas, por lo que se explica que a los siete meses de la inauguración algunos dominicos se quejaron al conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla, de que dirigieran el colegio dos exjesuitas, seguidores de la escuela suarista y antitomistas. Más tarde, entre 1780 y 1788 las autoridades eclesiásticas quisieron trasladar el colegio a la sede del de la Anunciata, que había sido de los jesuitas, pero no fue posible por estar el último ocupado por los enseres de una fábrica de hilar seda y otras actividades. Y a partir de 1810 fue ocupado por tropas y ya no volvió a ser recuperado para su uso original, a pesar de que lo intentaron varios obispos.

A finales del XVIII el Colegio de San Isidoro tuvo una cierta influencia entre las instituciones educativas de la Región de Murcia, incluso sirviendo como referente a la Universidad de Valencia, por el empeño ilustrado del obispo Manuel Rubín de Celis: por ejemplo, recepción del jansenismo, introducción de nuevos planes de estudios y en ellos el derecho civil y la filosofía (Arnaldos).

La capilla fue decorada con grandes cuadros de Vicente Anglés al gusto de la espiritualidad de la época: Felipe Neri, Francisco de Sales y Alfonso María del Ligorio, transmitida a través de los filipenses y por libros que se leyeron con delectación en la sociedad de Murcia. Algunos de los libros de los filipenses han sobrevivido en librerías de libros antiguos.

2. Vicente Anglés

Murió en la más absoluta miseria el 30 de Agosto de 1821, según consta en el archivo de la Real Academia de San Carlos de Valencia. No está claro su origen. No hay partida de bautismo o cristianización en parroquias de la ciudad de Murcia, ni de antepasados directos suyos. Las publicaciones más antiguas de finales del siglo XIX se refieren a él como Vicente Inglés, pero pudiera tratarse de una castellanización del apellido. Por eso mantengo esta acepción en la grafía del apellido, porque presumo que era valenciano. El apellido tiene toponimia gerundense y tenía la mayor difusión en las provincias de Tarragona y Castellón. Su significado viene del latín *in ecclesis* o en las iglesias. Desde principios del siglo XIV se extiende en Valencia con la repoblación, y hay familia y eclesiástico Inglés en Mallorca vinculado a la Orden de la Merced, que precisamente operaba desde Murcia como una de sus sedes clave.

Parece ser que era uno de los hijos de José Inglés, que falleció en 1789, artista muy distinguido en la ciudad de Valencia, en la que mantuvo taller propio, y que llegó a ser académico y Teniente-Director de la Real Academia de San Carlos de Valencia. No obstante, el prestigioso arquitecto murciano Juan José Belmonte y Almela (1808-1875), que estudió en Madrid, autor de la *Murcia Artística*, Apunte literario (tipografía de la Paz, Murcia, 1871), afirma sin ninguna prueba que era murciano. Tampoco sabemos nada de su madre, que tanto podría ayudarnos a entender psicoanalíticamente su carácter controvertido. Pero por la familia de José Inglés o de su esposa, es muy reconocible una precoz influencia genovesa, si no intelectual o por oficio, es muy verosímil por sus antepasados, pues a mediados del siglo XVIII las rutas marítimas de bajo cabotaje del antiguo Reino de Aragón mantenían este tráfico frecuente.

Andrés Baquero Almansa, primer comisario regio de la recién fundada Universidad de Murcia, en 1915, y antes profesor de Humanidades en el Instituto Provincial (Alfonso X el Sabio), dedica unas líneas a él en su libro *Artistas Murcianos*, con el interés de que

sabía que los cuadros atribuidos a Anglés los veía casi todos los días en el Oratorio del desamortizado edificio que hacía las funciones de Salón de Actos. Es por esto que, afortunadamente, se han conservado en el Alfonso X el Sabio, siendo trasladados con todo su patrimonio científico, biblioteca y archivo, al edificio de nueva planta y actual sede en el barrio de Vistalegre, en la zona Norte de Murcia, a cuya expansión contribuyó poniendo en valor.

2.1 Oratorio del Colegio de Teólogos

Del oratorio pensado arquitectónicamente para el Colegio de Teólogos San Isidoro, no queda nada. Se remató en 1767 con el prelado Diego de Rojas, que continuó las obras comenzadas en 1742 por el obispo D. Juan Mateo López, ambos fieles intérpretes de la voluntad del Cardenal Luis Belluga. El conjunto con todo el Palacio Episcopal crea una cornisa sobre el río Segura emblemática del barroco murciano, en materiales humildes de adobe y yeso. En 1887 había sido completamente remodelado en Salón de Actos, cambiando techo y bóvedas a un artesonado que imita la madera, con estilo ecléctico y espúreo, e interponiendo pilastras entre lo que fueron capillas, siguiendo un proyecto inicial de Justo Millán Espinosa, el mismo que dio a la fachada su forma externa actual. Después de la mudanza, el edificio quedó técnicamente inhabitable, hasta que entre 1990 y 1992 fue rehabilitado. Por carecer de instalaciones deportivas y laboratorio con las condiciones didácticas exigidas, el director del Instituto Alfonso X el Sabio, Rafael Verdú, motivó su demanda a los ministros Jesús Rubio García-Mina y Manuel Lora-Tamayo, entre los años 1962 y 1965, para construir la nueva sede sobre veinte tahúllas de tierra que el Ayuntamiento de Murcia estaba dispuesto a ceder para recibir aquella inversión. Como pago, en realidad, el Instituto permutaría con el Ayuntamiento su Jardín Botánico, entonces espacio de las prácticas de Agricultura para la titulación de Perito Agrimensor que el Instituto expedía. Había sido antes de 1837 Huerto del Convento de San Francisco de Asís, propiedad también desamortizada junto al Colegio de Teólogos, y otras propiedades. Según afirma la empresa constructora, «tan solo

se han conservado las fachadas exteriores del edificio, sus gruesos muros /.../ y las bóvedas que cubren la planta baja, así como algunos arcos». La fachada mantiene contigüidad y armonía con el Martillo y Biblioteca de los Obispos, lo que fuera el Seminario Conciliar San Fulgencio y con todo el Palacio Episcopal. Sin embargo, esta parte, como bien nacional desamortizado pertenece al Estado (Ministerio de Fomento). Aún hoy, los fantasmas del viejo caserón evocan y fantasean colectivamente el pasado de Murcia, incluido el Tribunal Popular de la República –cuyas deliberaciones siguió escuchando San Isidoro– y el Hospital de Sangre durante la Guerra civil.

La fuente que Baquero sigue para hablar de Anglés, es la que ya he referido anteriormente del arquitecto Belmonte. Como escritor, afamado en la década de los veinte como murcianista, solo añade juicios despectivos sobre las pinturas de Anglés, especialmente sobre la Cátedra de San Isidoro. Lo cual revela más su manera egolátrica de ser y sus simpatías filomasónicas, que su propio conocimiento del artista. Díaz Cassou había sido más prudente, y parte de él la certeza de atribuirle a Vicente Anglés todos los cuadros del oratorio. Efectivamente, el pintor debió llegar a Murcia, a más tardar, en 1777, cuando el arquitecto culminaba la última fase de los sucesivos anexos de Oeste a Este, que, continuando una más de las Pías Fundaciones del Cardenal Luis Belluga y Moncada (proyectada en 1733), ampliaba estudios a una élite de sacerdotes. Eso tenía una especial significación en plena Ilustración europea, que se vivió en España con más anhelos culturales y reformas pedagógicas de lo que se suele decir. Inició las obras el obispo Juan Mateo López y Sáenz (1748) y se terminaron siendo obispo Diego de Rojas y Contreras (1766).

2.2 Inspiración pedagógica del Colegio

En el día de Año Nuevo de 1767 se inició el curso académico oficial con diez alumnos, teólogos, de «los más selectos que había en la ciudad», escogidos entre los seminaristas del contiguo Seminario San Fulgencio. El rector que inició los estudios fue el padre Juan de

Espejo, natural de Alhama, sobrino del obispo de Orihuela entre 1714-1717 y luego de Calahorra, y el vicerrector padre Juan Antonio Albella, ambos píos operarios, espiritualidad que seguía las innovaciones del sacerdote aragonés Francisco Ferrer, a cuya instituto secular había encomendado Belluga dicha fundación pedagógica en Murcia, llamada finalmente Colegio de Teólogos San Isidoro, en homenaje al otro santo cartagenero, hermano de San Fulgencio. Se omite en este caso de Sevilla, como era conocido en toda Europa, por haber sido obispo allí, para destacar su nacimiento y pertenencia a la diócesis de Cartagena. La Junta rectora decidió que se pintara una trilogía de estos tres obispos (Belluga, López y Rojas) para conmemorar la efemérides y fijarla así en la memoria colectiva de los murcianos, pues culminaba un proyecto en el que se relevaban varias generaciones durante los cien años de la Ilustración, tomaba forma definitiva la plaza frente a la catedral, desaparecía la lóbrega calle nueva del Arenal y se exhibía al Sol de mediodía el señorío barroco sobre el río Segura.

2.3 Interpretación teológica en la mente de Inglés

La trilogía se encargó al pintor genovés afincado en Murcia Paolo Pedemonte, que, con formas apiramidadas y medallón oval, cogía el gusto de la tumba papal diseñada por Bernini y Paolo Possi, y que se había extendido al arte de la calcografía con la que se decoraban las portadas de los libros impresos. En el estudio de Pedemonte debió trabajar como subalterno un joven Vicente Inglés. De hecho hay autoridades que atribuyen el acabado definitivo de Belluga, 1759, y Mateo, 1767, a Inglés. Ruiz Llamas y López también atribuyen a Inglés por razones iconológicas el Retablo del Oratorio del Obispo, en el ala opuesta del Palacio Episcopal. Así como las siete pinturas del Retablo de San Agustín en el Convento de las Agustinas de Murcia (otro S. Juan Nepomuceno, S. Ignacio de Loyola, S^a Rita de Casia, St^o Tomás de Villanueva, La Aparición de la Virgen del Pilar a Santiago Apóstol, S. Luis Gonzaga, La Inmaculada). El San Eloy de la iglesia de San Bartolomé. Y con ciertas dudas estilísticas La Virgen de la Tribulación de la catedral.

Pues bien, pasando de los atributos del poder temporal ahí representados a las imágenes didácticas que justifican ese éxito intelectual en el gobierno de la diócesis, Vicente Anglés pinta al patrono mismo del colegio, evocando una triología episcopal parecida en los orígenes de la Hispania y Cristiandad visigoda: Isidoro de Sevilla (556-636), Braulio de Zaragoza (590-651), e Ildefonso de Toledo (607-667). Si San Isidoro luchó con la sutileza de su pluma contra la herejía arriana, Belluga lo hizo con la fuerza de su espada contra los peligros del siglo, que amenazan a la Iglesia en una misma idea materialista o corporeísta. La espada del Cardenal Belluga sigue trazando victorias, como el Cid, cincuenta años después de su muerte en Roma. Pero con la llegada del obispo Manuel Rubin de Celis, jansenista y proilustado, aquella autocomplacencia se frustró, las reformas pedagógicas de éste, con inclusión de asignaturas civiles y filosofía reforzaron al seminario frente al colegio (Mas). Lo que supondrá a la larga la caída en desgracia de Anglés como propagandista del pasado. La decisión de los desamortizadores en 1836 no hizo más que inclinar la balanza sobre una rivalidad en las ideas que ya existía dentro de la Iglesia. En la memoria colectiva se guardaban las heridas fratricidas de la Guerra de Sucesión, de la que Belluga había sido adalid del bando borbónico. Por tanto, en clave de rencores políticos, fundar el Instituto de Enseñanza (como hizo el Jefe provincial Agustín de Sotomayor, amigo de Mendizábal) sobre el espacio desalojado del Colegio San Isidoro, era una bandera no solo del liberalismo, sino de una concepción territorial distinta, en la que académicamente el Instituto de Murcia quedaría en dependencia de Valencia y su universidad, justamente la derrotada por Belluga, cuando aquella había apostado por la causa de los Austrias más basada en los foralismos regionales, que en los equilibrios centralistas franceses.

2.4 La enseñanza de San Isidoro de Sevilla

El cuadro, de proporciones agigantadas con dintel ovalado (4,85 x 2,15) consigue que el espectador se sienta dentro de la escena, como escuchando la lección magistral del obispo, y un ángel en el

centro diagonal señala con su dedo el libro abierto del santo, famoso en toda la Cristiandad (*Las Etimologías*): «Venid hijos míos y escuchad que yo os enseñaré el temor de Dios» (en latín). A la derecha de ese punto, crucifijo y candelabros sobre el altar donde se consagra la Eucaristía, y encima una técnica plástica desconocida hasta el momento, la visión espectral de la Virgen que levita sobre Cristo, a manera de dibujo bocetado a carboncillo sobre los colores irisisados que la circundan. Una representación proporcionalmente pequeña pero cuestionable desde el punto de vista dogmático, pues Nuestra Señora es objeto de hiperdulía, pero no de latría que solo se le debe a Dios, presente en la Eucaristía (*De Virginitate*). Aunque el cuadro presidía el altar del desaparecido oratorio, es también una invitación al alumno que entra, a la lectura y a la escucha. Sobre todo de la virtud de la prudencia, que es trasunto griego del pensamiento hebreo con el que San Jerónimo traduce al latín el temor de Dios.

Ahora, en la gran escalinata de mármol rojo, en el Instituto Alfonso X El Sabio, la sensación es doble porque las escaleras que suben aumentan esa perspectiva de internamiento en la escena, y desde el final de la escalinata se imagina mejor la visión cenital del Espíritu Santo, que derrama sobre la composición, en una invisible geometría piramidal, al tiempo que articula iconográficamente todas las personas de la Trinidad, la bendición hasta los más pequeños de la Tierra.

A cada lado del anterior cuadro, y sobre el fondo del altar, pintó La Virgen Dolorosa y Cristo Redentor, a un tamaño menor que el natural. Para las paredes laterales, que cerraban un suave rectángulo áureo a cada lado del altar, presidido por dicha Cátedra de San Isidoro, y a una altura menor sobre el suelo, por la diferencia que daba la leve escalera que realzaba el altar, pintó a tamaño natural a San Felipe Neri y San Francisco de Sales, a derecha e izquierda del orante, y a un tamaño menor que el anterior, y alejándonos del sagrario y celebrante —creando profundidad en el espectador—, a San Juan Nepomuceno y Santa

Irene, después El tránsito de San Alejo y San Andrés Corsino (este último no se conserva en el Instituto Alfonso X y se desconoce su paradero). Andrés Baquero lo menciona en Catálogo de los Profesores de las Bellas Artes Murcianos, p. 281. Y como escribe siguiendo bibliografía secundaria y sin fuentes archivísticas, presumimos que lo estaba contemplando él mismo, por lo que debió estar en aquel viejo caserón de Ronda de Garay, al menos hasta 1913, cuando publicó este libro en la Imprenta Sucesores de Nogués.

En alguna ornacina próxima al altar debía estar una talla en madera estofada de San José con el Niño, atribuido a Roque López o directamente al taller de Salzillo. Se ha conservado en este Instituto hasta septiembre del año 2011 en que fue robado. Hasta la fecha de esta publicación, las pesquisas de la policía nacional no han tenido el éxito deseado.

En el contexto de aquella espiritualidad potenciada por los padres operarios de Francisco Ferrer, la devoción de San José completaba la atmósfera del oratorio, como el humilde y silente patriarca cuya constancia sirvió a los planes de Dios. Entre unos cuadros y otros habían falsas pilastras de suave relieve que insinuaban capillas, sin separar ni privilegiar espacios en el auditorio. Y sobre la puerta de salida del oratorio, hacia el claustro del Colegio, con un marco a modo de medallón pentagonal coincidente con el ancho del dintel, a San Francisco Javier. Porque la mayoría de los estudiantes que culminaban estos estudios avanzados de teología pasaban por última vez bajo esa puerta, destinados como misioneros hacia otros continentes. Quedaba esta puerta austera en un lateral, porque la pared opuesta al altar sostenía un pequeño coro que con la reforma de 1887 desapareció.

2.5 Otras pinturas en la ciudad de Murcia

Otras obras suyas son San José y San Joaquín y Santa Ana y la Virgen Niña, que pintó para los dominicos y se conserva en la Iglesia de Santo Domingo en los pasillos de la Sacristía. Este dato refuerza la simpatía que sabemos que Vicente Anglés tenía por el antiguo

sistema educativo que Rubín de Celis suprimió al centralizar los estudios en el Seminario San Fulgencio. Hasta su gobierno, los estudiantes seguían una formación itinerante semanal que aúna en ellos el bagaje de las órdenes religiosas y las innovaciones en el sacerdocio secular y la nueva espiritualidad (sobre todo de influencia italiana y francesa). Así, unos días escuchaban teología moral con los franciscanos, otros a los jesuitas en contenidos escolásticos y suaristas sobre las ciencias que entrocaban con el *quadrivium* (incluida la matemática), y otros a los dominicos en cánones, latín y homilética. El sentido del Colegio de Teólogos era dar estudios avanzados a los mejores entre estos seminaristas de últimos cursos.

Por ejemplo, el gran escultor Francisco Salzillo estudió en la Anunciata, Colegio vinculado a los jesuitas, y sito enfrente del Convento San Esteban de los jesuitas. Compartieron también sus trabajos en la iglesia de San Bartolomé. Por estas experiencias compartidas y simpatías personales se entiende que Salzillo fuese la única persona que avaló a Anglés para su nombramiento como teniente-director de la Real Academia de Bellas Artes de Murcia, reconocimiento que promovió la Real Sociedad Económica de Amigos del País, al quedar la vacante por fallecimiento de Muñoz Frías (*Actas de la Sociedad Económica de Amigos del País*, año 1783. Ya no hay referencias posteriores a Anglés). El momento y la obra que conmueve a Salzillo en su decisión es precisamente La cátedra de San Isidoro, como patrono del colegio de teólogos. De alguna manera, la última etapa de esa itinerancia educativa, del aprendizaje como camino o peregrinación peripatética. Cuando Rubín de Celis suprime esto, bajo influencia de sus ideas jansenistas y regalistas, con bastante apoyo en el cabildo catedralicio, Anglés y los antiguos profesores cayeron en desgracia. Piénsese que los ilustrados veían en los superiores de las órdenes religiosas, muchas veces italianos y siempre en los Estados pontificios, una intromisión en los asuntos políticos nacionales. Los ilustrados utilizaron estas críticas del jansenismo, que actuaron como válvula de escape sobre

todo en Francia, ante el temor de otra segregación cismática de la Iglesia católica como había ocurrido con Enrique VIII en Inglaterra. De esta manera la intromisión se invirtió, y eran los gobiernos a su voluntad política los que nombraban ahora a los obispos.

2.6 Obra de Anglés fuera de Murcia

Otros cuadros de Anglés, ya fuera de Murcia, son La multiplicación de los panes y los peces y la Bajada de Moisés del Monte Sinaí, que se colocaron en la Capilla de la Comunión de la Iglesia de San Martín en Valencia. Esta iglesia y su patrimonio fueron destruidos en 1936, durante los primeros meses de la guerra, pasto de las llamas y del odio a la fe, que varios milicianos prendieron simultáneamente en varias iglesias del centro de Valencia. De la misma época pintó un Pasaje de la vida de Jacob y un retrato del académico D. Cristóbal Valero, que podrían estar almacenados en la Real Academia de San Fernando (Madrid), adonde fueron enviados con una colección de 1818 por la Academia de San Carlos de Valencia.

Al igual que en Murcia también en Valencia Vicente Anglés sufrió el descrédito de colegas y autoridades, no por el estilo, innovación y factura de su obra, en la que fue original por los efectos de masas gaseosas y luminosas, y como maestro en dibujo y aprovechamiento de la geometría, sino por el profundo significado religioso y la interpretación teológica controvertida que le daba, en un momento en que arribaron a las instituciones públicas ideologías laicistas o masónicas, así como pastores de la Iglesia y eclesiásticos que desde la comodidad civil de las regalías simpatizaban con la Ilustración. Estos fueron cómplices con su omisión de la supresión de la Compañía de Jesús (sobre todo por su influencia en la educación) y reescribieron los proyectos de la Iglesia de principios del siglo XVIII, que todavía luchaba por la herida de la escisión luterana de la Cristiandad. Por eso la iconografía tan explícita a la Eucaristía y la Virgen María en casi toda la obra de Anglés.

El mejor ejemplo de esta personalidad controvertida del genio sucedió un año antes de su muerte, en vísperas de la Semana Santa del mes de marzo, cuando figurando como Académico de Mérito de

la Real Academia de San Carlos tuvo varios disgustos con otros compañeros de la institución, cuando tuvo grandes dificultades para que le aprobaran la exposición de los cuadros antes citados y destruidos en la Guerra carlista. Algo semejante le ocurrió con un gigantesco fresco que representaba a San Cristobal, muy similar en diseño al que hay en la Catedral de Murcia, en la plazuela de la Robella, y que el Ayuntamiento de Valencia previos informes de académicos, obviamente enemistados con Anglés, mandó derruir (Barón de Alcahalí, p. 153). Algún episodio parecido debió sufrir en sus últimos años en Murcia, insisto que más por objeciones a su teología y estética que a su genialidad. Ni los seguidores del prelado Rubin de Celis, ni canónigos del cabildo, consideraron oportuno trasladar parte de los cuadros a otra ubicación más sagrada que realzara su significado espiritual de devoción. Durante la desamortización de 1836 muchos cuadros y libros se mudaron en el seminario, pero ya nadie pensó nunca en hacer algo así con la obra de Anglés.

2.7 Obra de Anglés en Madrid

El Museo del Prado conserva un óleo de Anglés que representa a Santa Teresa de Jesús en actitud extática en el instante de ser alcanzada por la flecha del ángel. Muestra composición con líneas geométricas y estilo que recuerda lo que experimentó en Murcia. Y homenaja de la misma manera a la otra gran orden de la espiritualidad hispana, los carmelitas, sin sede en Murcia. El cuadro procedía del Museo de la Trinidad que perteneciera originariamente al Convento de la Trinidad Calzada de Madrid, y que sufrió el mismo episodio de postergación por parte del sector eclesiástico jansenista y después la misma desamortización de Mendizábal de 1835-1837. Declarado como bien nacional, la R.O. de 13 de enero de 1836, con apoyo explícito de la Regente María Cristina, encargó a la Academia de San Fernando la incautación de dichos bienes. La no existencia de una institución así en Murcia debió impedir la aplicación de esta ley a cuadros como los de Anglés. Precisamente la creación del Instituto de Segunda Enseñanza en Murcia, a instancias del Jefe

Provincial Sotomayor, amigo de Mendizábal, sirvió para el control estatal de estos bienes incautados.

**José Luis Yepes y
Vicente Montojo**

Bibliografía

Francisco Arnaldos Martínez, “El Colegio de Teólogos de San Isidoro de Murcia”, *Scripta Fulgentina*, nº 35-36, 2008, 141-167.

Baron de Alcahalí, *Diccionario Biográfico de Artistas Valencianos*. Imprenta Federico Domenech, Valencia, 1897.

Gracia Ruiz Llamas y David López García, *Programa docente del siglo XVIII en Murcia. El pintor Vicente Inglés*. Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 2003.

Cayetano Mas Galván, «Tres seminarios españoles del Setecientos» en *Cuadernos de Historia Moderna* (2004) t.III, p. 180.

San Idelfonso, *De Virginitate Sanctae Mariae contra tres infideles*. (Es la obra excelsa de fiel y devoto seguidor de San Isidoro y San Agustín, y origen de la devoción mariana en la Península Ibérica, además de primera clave de la idiosincrasia de la liturgia mozárabe).